La Iglesia se funda para esto, no únicamente en la experiencia de lo que es y ha sido siempre el niño desde la caida original, ni en las enseñanzas de la misma sabiduría humana, que por sus legisladores, filósofos y escritores de todo género ha reconocido y proclamado siempre tales verdades; sino primera y muy principalmente en la palabra del mismo Dios, quien en las Sagradas Escrituras nos inculca á cada paso, ser este el único sistema racional que debe seguirse en la educacion de la niñez y de la juventud. *¿Tienes hijos?* nos dice en el Sagrado Libro del Eclesiástico (3) *adoctrínalos y dómalos desde su infancia. ¿Tienes hijos? zela su honestidad y no les muestres* demasiado *complaciente tu rostro;* y en el de los *Proverbios* (4) prescribe: *No escasees la correccion al niño..... Aplícale la vara del castigo y librarás su alma del infierno;* y luego en el mismo Libro (5) vuelve á enseñar: que *el castigo y la reprension acarrean sabiduría; pero el niño abandonado á sus antojos, es la confusion de su madre;* porque vuelve á decir en el *Eclesiástico* (6) Al modo que *un caballo no domado se hace intratable; así un niño abandonado á si mismo se hace insolente. Halaga al hijo y te hará temblar; juega con él y te llenará de pesadumbres..... Dóblale la cerviz en la mocedad y castígale, miéntras es niño: no sea que se endurezca y te niegue la obediencia, y tu alma sea penetrada de dolor;* y haciéndose cargo en el mismo Sagrado Libro, del amor natural de los padres hácia sus hijos previene que este amor debe ser ordenado y racional, diciendo: *El que ama á su hijo, le hace sentir á menudo el castigo, para hallar en él al fin su consuelo.*

(3) C. 7, v. 25 y 26.
(4) C. 23, v. 13 y 14.
(5) C. 29, v. 15.

Conforme á estos y otros muchos pasages y sentencias de las Divinas Escrituras, que omitimos en gracia de la brevedad, la Iglesia al ocuparse en su enseñanza, de la conducta de los padres para con los hijos, inculca y recomienda las siguientes reglas, que por las entrañas de Nues-

(6) C. 30, v. 8 y siguientes.

tro Señor Jesucristo rogamos y suplicamos á todos los padres de familia de nuestra Diócesis, tengan siempre presentes, á fin de no desviarse de ellas en el gobierno y direccion de sus casas.

Primera. Que como el mayor bien que se puede procurar á los hijos, es la conservacion de su inocencia y de la gracia que han recibido en el bautismo, se propongan siempre y por siempre los padres imitar al excelente modelo que en las mismas Santas Escrituras se les muestra en Tobías, de quien dice el Espíritu Santo (7) *que tuvo un hijo á quien enseñó desde su infancia á temer á Dios y abstenerse de todo pecado*: acostumbrando cada uno á los suyos, desde la mas tierna edad, á pronunciar é invocar con profundo respeto el Santo Nombre de Dios, inculcándoles antes que todo y sin cesar, que Dios los mira, y los oye y vela sobre ellos, en donde quiera que se encuentren, sin que les sea posible ocultarse á su vista, que penetra en todas partes, y que conoce y discierne aun los pensamientos mas secretos. Es

(7) Tob. c. 1. v. 10.

indecible el partido que los padres, y muy particularmente las madres, pueden sacar de ese prolijo, constante y decidido empeño en inculcar á sus niños siempre y por siempre y á todas horas esta verdad capital, que obra casi siempre de un modo eficacísimo sobre el espíritu impresionable del niño en la primera edad, para apartarlo del mal.

Segunda. Darles tambien en edad muy tierna una idea exacta de la creencia del Angel de la guarda: haciéndoles comprender por esto el amor tan entrañable que Dios les tiene, hasta destinarles un Angel que vele siempre por ellos, para librarlos de todo mal, si por su parte son dóciles en escuchar y obedecer las advertencias de sus mismos padres, encaminadas á hacerlos buenos y virtuosos: inculcándoles igualmente la verdad de que este su Santo Angel tutelar no los pierde de vista, sino que en todo lugar los acompaña, aun cuando ellos se creen mas solos y mas al abrigo de las reprensiones de sus padres y de sus mayores.

Tercera. Infundirles desde muy pequeños la mas tierna y filial devocion á la

Santísima Vírgen, poniendo en sus lábios y en su memoria, al mismo tiempo que la oracion del Padre Nuestro, primera que debe enseñárseles apénas empiezan á articular algunas palabras, la del Ave María, con que se encomienden precisamente á la Santísima Vírgen al acostarse y al levantarse, despues de la señal de la cruz y del Padre Nuestro.

Cuarta. Hacer de modo, que conciban un gran respeto á la oracion y demas ejercicios de la Religion cristiana, valiéndose de las cosas sensibles y comunes, para elevar sus tiernos entendimientos hácia Dios y excitar en sus pequeñitos corazones sentimientos de adoracion, de amor y reconocimiento á su Majestad.

Quinta. Hablar siempre delante de ellos, de todo lo que mire á las costumbres, no conforme al lenguaje del mundo, sino segun las máximas del Evangelio, mostrándoles mucha estimacion y aprecio de las virtudes y de las acciones virtuosas, y manifestándoles una extrema aversion y desprecio de todo lo que es vicioso, injusto y desordenado: previniéndoles desde luego muy especialmente, porque

esto es lo que en esa pequeña edad mas entienden, contra el hurto, la duplicidad y la mentira: mostrándose severos é inexorables cuando se les sorprende en alguna de estas faltas, y por el contrario fáciles é indulgentes, cuando ellos mismos confiesan sus propios defectos con muestras de arrepentimiento.

Sexta. Apartar con el mayor cuidado de la vista y espíritu de los niños cuanto de algun modo pueda corromper su corazon. Para esto, no basta ciertamente preservarlos de que vean ú oigan cosas positivamente malas ó escandalosas; sino que es preciso ademas que se procure no tener delante de ellos conversaciones que aunque lícitas, pueden sin embargo servir para abrirles los ojos ántes de tiempo. No se debe por lo mismo conversar en su presencia sobre ciertos desórdenes que si por su publicidad pueden ser materia de conversacion entre personas grandes, sin embargo, para los niños será muy nocivo saberlos. Por tanto, no deberán permitirse delante de ellos, conversaciones ni de amoríos ó galanteos, aunque sea solo refiriendo lo que se sabe de otras

personas; ni de partos; ni de casamientos; ni de amasiatos, aunque sean mas públicos que la luz del dia, y así de otras cosas cuya noticia ó aun su simple enunciacion sean capaces de excitar la curiosidad infantil. El descuido absoluto acerca de esta precaucion, descuido que ahora reina casi generalmente en las familias, salvas pocas excepciones, anticipa en los niños la malicia, á tiempo en que todavía es necesario para su moralidad en el porvenir, mantenerlos en esa inocencia absoluta, en esa feliz ignorancia de la niñez, miéntras que con la educacion y la edad, madura en ellos la reflexion, de manera que cuando lleguen á conocer el mal, estén ya en su entendimiento y voluntad en aptitud de resistirlo y contrariarlo.

Setima. Tener mucha eficacia los padres para infundir en el espíritu de sus hijos desde la primera edad, y mantener vivo por medio de la reprension y correccion, el respeto reverencial hácia sus mismos padres y sus mayores, cuidando de nunca manifestarles su amor y su ternura de modo que raye en familiaridad y *consentimiento*. El niño ó la niña mimados y

consentidos; casi nunca se corrigen cuando son grandes de los graves y á veces muy trascendentales defectos á que en virtud de ese *consentimiento* se les dejó acostumbrar desde su edad primera. De algun tiempo á esta parte se ha hecho como *una moda*, que los niños traten de *tú* á sus padres, tios y abuelos; y esto contribuye mas de lo que se piensa, á fomentar y fortificar la propension como innata en los niños, á molestarse, irritarse y aun sublevarse, contra todo lo que en el órden doméstico lleva el carácter de autoridad ó superioridad; y como bajo de tales impresiones llegan á ser jóvenes, en el colegio no son otra cosa que mnchachos díscolos; y cuando salen al mundo, las revoluciones encuentran siempre en ellos materia dispuesta, acostumbrados como están ya á ver de reojo y con positiva prevencion á todo el que manda. No insistimos tanto, en que quede desde luego abolido ese repugnante *tuteamiento;* porque en las familias en que esto se ha hecho casi tradicional, la cosa es muy difícil; pero sí llamamos séria y fuertemente la atencion de los padres, há-

cia la necesidad de que hagan comprender á los niños por medio de la constante vigilancia é indispensable correccion, que ese *tuteamiento* para con sus padres, tios y abuelos, no es del mismo género que el que usan para con sus hermanos y sus iguales, teniéndoles siempre á raya con el castigo cuantas veces aparezca en ellos próxima ó remotamente la pretension como de igualarse con sus padres ó mayores, queriendo tener y tomar parte en las conversaciones de las gentes grandes, ó de otros modos no ménos chocantes ante las personas bien educadas.

Octava. Como los niños cometen de suyo á cada paso innumerables faltas, preciso es que sus padres sepan discernir entre ellas las que deben corregirse suavemente por la sola reprension y las que es preciso reprimir, sin usar nunca de disimulo é indulgencia, como son las que provienen del orgullo, de la indocilidad, de la obstinacion, de la ira, de la pereza, de la costumbre de mentir y de la de apropiarse ocultamente lo que les gusta, aunque sean vagatelas. Para que se enmienden de este género de faltas, no basta la

simple reprension, sino que es necesario recurrir al castigo, mortificándolos con privarlos de algunas recreaciones, con encerrarlos por algunas horas en un aposento, con negarles del todo alguna cosa por la que muestren mas gusto ó interes; y si nada de esto es eficaz para corregirlos, apelar á los azotes ú otro castigo igualmente fuerte, teniendo siempre presente lo que el mismo Dios nos dice en las Sagradas Escrituras, á saber: *Aplica* al niño *la vara del castigo y librarás su alma del infierno*: porque si hay disimulo ó indulgencia de parte de los padres para semejantes faltas, los niños se acostumbrarán á cometerlas, y aunque sean ya jóvenes ú hombres, esas costumbres se convertirán en otros tantos vicios que los harán el oprobio de sus familias, con gravísimo daño de sus propias almas; puesto que, palabra tambien es de Dios (8) la siguiente sentencia: *La senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien cuando viejo.*

Novena. Cuando llega ya el tiempo de

(8) Prov. c. 22. v. 6.

enviarlos á la escuela, escoger para esto preceptores de buenas y cristianas costumbres, y empeñosos en los adelantos de la niñez: no indisponerse con ellos porque reprendan, mortifiquen y aun castiguen á los niños; porque todo esto es necesario en un buen preceptor, que comprenda sus deberes y esté á la altura de ellos. Sacar á los niños de una escuela, porque en ella se les reprende, mortifica ó castiga, sin que en nada de esto haya evidente y notorio exceso, es ahora un abuso demasiado general: pero no porque lo sea, puede en verdad el Obispo desentenderse de él, sin llamar fuertemente la atencion hácia una conducta tan indigna de padres y madres que profesan la verdadera fé, y quienes como católicos debieran comprender perfectamente, que si Dios los ha hecho padres, no es en verdad para que solo cuiden del bienestar físico de sus hijos, sino primera y principalmente, para que de ellos formen otros tantos dignos hijos de la Iglesia aquí en la tierra, que en algun dia lleguen á ser ciudadanos del cielo: no para que les excusen aquí abajo toda clase de sufrimientos y molestias, sino al

contrario, para que por medio de esas penas, hagan de ellos hombres y mujeres racionales y cristianamente capaces del ejercicio de las virtudes: no para que atiendan á sus antojos y caprichos, sino para que acostumbrándolos al quebrantamiento de la propia voluntad, les infundan y enseñen la abnegacion de que tanto han menester, sea cual fuere la suerte que les depare la Providencia.

Decima. Una vez que los niños estén ya en la escuela, no fiar en esto los padres, para descuidar de allí en adelante la enseñanza daméstica de la doctrina cristiana, sino siempre tomarse algun trabajo para estar al tanto de que los niños no la olvidan, por el estudio de los otros ramos de instruccion primaria á que en la escuela se les dedica. Tener ademas sumo cuidado para que en la misma escuela no contraigan amistades estrechas con otros niños mal inclinados; y por último, exigirles que en la casa estudien las lecciones que en la escuela recibieron, acostumbrándolos aun por medio de algun rigor, á que estén constantemente bien ocupados, con excepcion de una ó dos horas, en

que se les permita jugar y divertirse, no dejándolos solos en tales juegos, sino estando siempre al tanto los padres, de que los juegos en que se entretienen no tienen nada de inmoral ó de peligroso.

Undecima. Preparar en buena hora á los niños, es decir, á sus siete años, y con esmero y detenimiento, para su primera confesion y primera comunion. Es indecible cuanto contribuyen para la regularidad de costumbres en todo el resto de la vida, estos dos actos tan importantes, cuando se ejecutan del modo debido, despues que los niños, merced á la asiduidad y á los cuidados de una buena madre, llegan á comprender bien, así las disposiciones con que se debe acercar el cristiano á estos Santos Sacramentos, como la eficacia de ellos para la santificacion de las almas.

Hé aquí, en brevísimo compendio, las reglas á que deben ajustarse los padres de familia, para la buena y cristiana educacion de sus hijos, desde la primera edad.

¿Pero se siguen, carísimos hijos en Jesucristo, esta norma y esta forma, en la

mayor parte de vuestras casas? ¡Ah! preciso es decirlo con dolor; por mas que vuestro amor propio se resienta, de lo que como vuestro Obispo vamos á advertir en medio de la amargura de nuestro corazon.

La mayor parte de los padres de familia todavía católicos, han echado completamente en olvido, así las reglas que acabamos de compendiar, como los principios ciertos y seguros de que proceden. Con excepcion de unas cuantas familias, muy contadas por cierto, todas las demas, no obstante llamarse católicas, han doblado la rodilla ante *el ídolo de Baal*, es decir, ante ese espíritu del mundo en el siglo presente, que sin mas exámen ni motivo, que porque son de nuestros mayores, desprecia y desdeña las costumbres tradicionales, conforme á las que fueron educados todavía muchos de los padres y jefes de familia que aun existen. Olvidando enteramente el dogma católico, segun el cual, el hombre, aunque criado en el estado de inocencia y de justicia original, que hacia para él enteramente natural y fácil el ejercicio de la virtud, á poco cayó

por su falta en el estado de la mas espantosa degradacion y miseria, al grado de que lo que ántes le era como natural y espontáneo, fué ya para él sumamente difícil, y aun contra lo natural, porque como dice San Agustin, el vicio llegó á ser entónces para el hombre como una segunda naturaleza *Vitum pro natura inolevit:* desconociendo decimos, la mayoría de los padres de familia de la presente época, esta verdad capital, creen ó se figuran creer, que los niños son naturalmente inclinados á lo bueno en materia de moral y de virtud, y por tanto se sublevan y se irritan contra la idea de educar y formar á sus hijos virtuosos, empleando para ello cuando así conviene la correccion y el castigo, como si aquello pudiera conseguirse siempre por los halagos ú otros medios suaves, con que se pretende sustituir en todos casos cuanto reviste la forma de algun rigor. ¡Principio falso, carísimos hijos en Jesucristo! ¡Principio reprobado y condenado en los rudimientos mismos de nuestra fé! ¡Principio enteramente impío, y que nadie puede profesar siendo católico, por contrariar abierta-

mente cuanto la fé nos enseña acerca de la caida original y de sus consecuencias para la humanidad!

De tan erróneo y anticristiano orígen, deriva para la sociedad actual todo un sistema, ó un conjunto de procedimientos, en flagrante y abierta contradiccion con los procedimientos de nuestros padres, acerca de la educacion de los niños en esa primera edad. Apénas el niño ó la niña han salido de la cuna, cuando, como si no hubiera otra cosa que hacer, los padres reconcentran todo su cuidado y ahinco, en cumplirles todos sus gustos y caprichos, recibiendo las hermanas y demas personas de la familia, así como los sirvientes, la precisa consigna de no molestarlos ni contrariarlos por nada y para nada. No contentos con traerlos abrigados, limpios y aseados, como lo hacian excelentemente las antiguas madres, en *lo general mas aplicadas al buen gobierno* doméstico, que la mayoría de las madres actuales, ponen todo su conato y empeño, en vestirlos á la última moda y de telas costosas, despertando así desde muy temprano en los niños y particularmente en

las niñas, el gusto por la ostentacion y por la vanidad, cosas que nuestros padres tenian por el contrario el mayor cuidado en reprimir. Se les enseña es verdad, á hacer la señal de la cruz, y se procura que aprendan las primeras oraciones del cristiano; pero como para esto no se les ha de mortificar ni contrariar, los niños llegan por lo regular á los cinco años, edad de la escuela, sin haberlas aprendido bien, y sobre todo sin la mas mínima idea acerca de su importancia; porque ocupadas las madres en el propio tocador en que pierden un tiempo bien precioso, ó en trazar y forjar los vestidos agraciados y chuscos que preparan para sus hijos, desdeñan el trabajo de tener á estos á su lado ó sobre sus rodillas todos los dias y por largas horas, haciéndoles repetir con inalterable paciencia el *Padre Nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, *los Mandamientos de Dios y de la Iglesia*: respondiendo discretamente á sus preguntas infantiles sobre lo mismo que les enseñan, valiéndose de símiles ó comparaciones sencillas para que entiendan el sentido de las palabras que se trata de grabar en su

memoria; estimulándolos con pequeñas vagatelas para que se apliquen, ó privándolos aunque lloren ó se incomoden, de lo que les gusta, si no aprenden; y aun aplicándoles otros castigos, si se obstinan en no aprender. Faltando habitualmente esta asiduidad para con los niños, es imposible que á la edad de la escuela sepan ya algo de provecho.

En este estado los reciben los preceptores ó preceptoras, quienes, si son personas de seso, que están á la altura de sus deberes, desde luego tratan de suplir con su trabajo y paciencia lo que falta en los niños, y que estos debian haber ya adquirido con la enseñanza materna. Como no acostumbrados á obedecer en cosa alguna que no sea de su gusto, á las primeras reprensiones lloran y se molestan: á las segundas y un poco mas sérias, con la franqueza propia de la edad, y de la falta de respeto á sus mayores, á que se les ha habituado, responden amenazando con avisar á sus padres de lo que pasa: á la tercera, en que el preceptor ó preceptora emplean tal vez algun ligero rigor, la respuesta es, ó venir los padres mismos, si no son per-

sonas de fina educacion, á requerir á los maestros con estilo impropio y descompasado por el ligero castigo que han impuesto á sus hijos, ó si son personas de alguna finura, trasladan en silencio sus niños á otra escuela, cuyo director ó directora, faltando á sus deberes, se propongan sufrirlo todo y no corregir nada con formalidad, á trueque de contar siempre con la proteccion y benevolencia de aquella casa ó familia. Entretanto, los niños sintiéndose apoyados por sus padres, no son mas dóciles en la segunda escuela que en la primera, sino que por el contrario, se muestran cada dia mas indispuestos á sufrir la correccion; y así van pasando los tres, cuatro ó cinco años de su instruccion primaria, sin que lleguen á medio perfeccionarse en ninguno de los ramos que aquella comprende. Por su parte los padres, creen ó afectan creer, que con poner á los niños en una escuela, han hecho cuanto debian hacer: no insisten ya para nada en la enseñanza doméstica de la doctrina cristiana, no cuidan de que en su misma casa estudien las lecciones de la escuela, nada inquieren sobre

la índole y educacion de los otros niños con quienes los suyos se juntan á jugar ó entretenerse: no les reprenden ni corrigen, cuando los chicos de suyo propensos á igualarse, usan de groserías y llanezas con las personas grandes, especialmente con las visitas: ni tienen preocupacion ni reserva, para no hablar delante de ellos de cosas que los niños debian del todo ignorar: ni vigilan siquiera sobre el trato y familiaridad entre los chicos de diverso sexo, llegando á tanto el descuido acerca de esto, que muchos hasta celebran y aplauden como una gracia de sus hijos, su preferente aficion por ciertas niñas de su misma edad; y bajo este pésimo sistema de educacion, ó mas bien dicho, bajo esta falta absoluta de educacion racional y cristiana, los niños crecen, hasta que llega por último la edad, en que unos van como meritorios á las oficinas públicas ó casas de comercio, á cometer torpezas ó *calaveradas*, única cosa para que son aptos; y que muy pronto los ponen en evidencia, hasta merecer que los despidan, para quedarse de *vagos*; y otros, pasan á ciertos colegios ó establecimien-

004208